

LA CIUDAD

DEL ENSUEÑO

ERA una tarde de verano. La ciudad bullía en medio de un mundo de gentes que fastuosa y lujosamente discurrían por la ciudad. Todo era diversión, todo alegría, todo delataba una sociedad desligada de preocupaciones. Por un lado carruajes de mil especies, caballos, coches, automóviles; por el otro lanchas, balandros, canoas, buques; todo en conjunto completaba el cuadro absorbente, el cuadro de colorismos, el gran cuadro lleno de vida, de entusiasmo, de potencia vital. ¡Ah ciudad alegre; ciudad hasta hoy por ninguna igualada! ¡Cuán prodigiosamente has llamado la atención de los cuatro ámbitos del mundo! El entusiasmo y el movimiento febril, excitante, iba siendo mayor de momento en momento; los cohetes, chupinazos, los gritos, la algazara, las músicas, seguían siendo dueños de la población ideal. Yó me retiré poco á poco de aquel ruido continuado y á medida que abandonando la ciudad subía á la montaña, una ligera brisa refrescaba el ambiente, una calma inusitada dejaba contemplar, los valles allí abajo, los caseríos más arriba, las graderías cerca de un altozano, los riachuelos lamiendo la montaña, y un bello paisaje, encantador, poético, me rodeaba lleno de un silencio inefable allá léjos, muy léjos de la ciudad febril, muy léjos de los ruidos inquietos y más léjos todavía del mundo y de las personas.

Y he aquí que llegando á un pico muy alto, diviso el mar en una inmensidad incalculable y como esfumando la línea del horizonte una cordillera de montañas. Sobre la tersa superficie del mar, veo pasar varias embarcaciones que en su marcha van dejando por los aires una larga estela de humo y sobre las aguas culebros de extrañas irritacio-

nes. Y al otro lado, otra inmensa cordillera de montañas de una solemnidad magnífica.

El paisaje basco con todos sus encantos, toda su rusticidad, toda su innegable fragancia, con esos caseríos y casas de campo, surgía en medio de una vista ideal. Montañas y más montañas, que á lo lejos adquirirían un color grisáceo las unas, de lapiz lazuli las otras, de un tinte rojizo muchas y de distintos matices verdes la mayoría; más verdes cuanto más cerca se hallaban á nuestra vista.

A medida que me alejaba de la ciudad ideal, de la ciudad del ensueño; de aquella primorosa ciudad que reunía todos los encantos de una población á la moderna, más cerca me encontraba de las casitas que habitaba la gente de campo; del pueblecillo de la montaña. Efectivamente; allí, en un pico muy alto, soberbio por la posición que ocupaba y humilde por la gente que allí vivía, estaban la iglesia, rodeada de unas cuantas casas, un juego de pelota y varias casitas, todas reunidas, como en montón, que delataban la rusticidad de aquel pueblecillo.

Pero también allí estaba de fiesta como en la ciudad del ensueño; también allí confortaban el espíritu con fiestas al aire libre; también la gente del campo quiso seguir el ejemplo de la ciudad, divirtiéndose con mil algazaras y alegrías. ¡Qué diferencia entre la ciudad y la montaña! ¡Cuán distintas eran las diversiones de uno y otro lado! En la ciudad, todo era fugaz, desconocido; todo parecía encontrarse fuera de una capital bascongada, sin personalidad característica. En la montaña, juntamente con el oxígeno que despedían los campos, se respiraba el aire puro y confortable de la personalidad de nuestra vigorosa raza. Allí también se escuchaban gritos, ruidos, cantos de alegría, lo mismo que en la ciudad; pero ¡qué gritar más distinto, qué divertirse más opuesto! Cientos de hombres vigorosos, robustos, de musculaturas atléticas, se veían en ordenada hilera los unos cerca de los otros; los jóvenes se confundían con los viejos y hasta las mujeres con los hombres. El entusiasmo se desbordaba de momento en momento y cuando en medio de un relativo silencio no se escuchaba más que el ruido sordo de unos pelotazos y el correr de unos hombres tras otros, al poco rato vuelve otra vez á prorrumpir en *irrintzis* y gritos aquella masa compacta, con el mismo vigor que si gritaran con pulmones como de acero.

¿Qué ocurría en aquel pueblo? Un desafío. ¿Un desafío? Sí! ¿Entre

quiénes? Pues entre varios caseros jóvenes de aquellas inmediaciones. ¿Y á qué juegan? ¿Qué se disputa? Pues un partido de pelota. ¡Bravos muchachos! Eran de ver con qué fuerza acometían á la pelota; con qué vigor lanzaban los saques y arremetían las boleas; eran de ver aquellos rostros sudorosos mover sus ojos con la celeridad del rayo, aquí, allá, acullá; á todas partes, en todas direcciones; á la pelota, á la pared, al enemigo, á los amigos que arengaban; y á todos á una, á todos de una rápida ojeada.

¡Bravos muchachos! Aquello no era un partido, era fuerza, vigor que se desbordaba; aquello no era jugar á la pelota, era cogerla y deshacerla, era seguirla velozmente y acorralarla; era hacer de élla, lo que hace el luchador con su enemigo, y el águila con su presa, distraerla primeramente y después inutilizarla. Esa era la fiesta de aquella aldea. Un partido de pelota; un partido presenciado por cientos de caseros; es decir, una fiesta de carácter, de personalidad, de algo que se puede decir que es fiesta vasca, sin ruborizarse y encogerse, de algo con que podemos decir al forastero; he aquí las diversiones de un pueblo que ha tenido su única é intangible personalidad y que hoy algunos desgraciados bascos, se avergüenzan de seguir poniéndolos en práctica; he aquí algo nuestro.....

*
* * *

Había pasado la media tarde; allí, en la misma línea del horizonte, poníase el sol como un inmenso foco de luz rojísimo, que transparentando las aguas, producía fantasmagóricas irrisaciones; un vivo color de cobre pulverizado, surgía cuanto más avanzaba la tarde; poco á poco iba como desapareciendo entre las aguas aquella inmensa potencia de fuego en medio de mil combinaciones de luces de todos colores; la costa guipuzcoana cubriase de un débil velo que transparente al principio, de un color gris claro cambiaba totalmente, por un color de plomo oscuro que cubría también totalmente cuando menor era la fuerza de los últimos rayos del sol. Una temperatura deliciosa convidaba á presenciar aquel soberbio espectáculo en que los montes, los valles, el mar, la costa, todo lo que abarcaba aquel inmenso horizonte que aparecía desde la altura en que me encontraba, ofrecían un espectáculo grandioso por el poder que representaba y sublime por aquel inimitable lienzo que convidaba á la meditación de las cosas más gran-

des é imperecederas. Y después surgían en el cielo las estrellas, desaparecía la luz, la claridad y cubriase todo con las tinieblas silenciosas de la noche que poco á poco iba extendiendo su manto.

Desde el pico de la montaña en que me encontraba, aparecía otra vez la ciudad del ensueño, otra vez la ciudad de las diversiones, del veraneo, del pasarlo bien. A medida que bajaba de la montaña, veía multitud de luces, unas en continuadas hileras de focos eléctricos, como si parecieran serpientes encendidas, otras separadas de trecho en trecho, más allá lucecillas errantes entre la oscuridad. La ciudad continuaba aún divirtiéndose. Desde el silencio de la montaña se escuchaba el débil sonido de una orquesta, el ruido de algún carruaje, un murmurio vago, apenas perceptible y de cuando en cuando cohetes, chupinazos todavía, más chupinazos, más cohetes, más luz, más diversión.

Eran momentos en que yó soñaba, eran momentos en que contemplando muy de cerca la hermosa ciudad, soñaba con el resurgimiento de San Sebastián, soñaba con los incendios, las matanzas, los saqueos, la destrucción y la sangre vertida á torrentes en aquellos tristes días del incendio; soñaba con catástrofes que se han sucedido, con bombardeos, cañones, desfilar de tropas, sonar de campanas y toques de corneta; soñaba con noches fúnebres y espantosas en que San Sebastián parecía campo de incensante lucha y los silbidos de las balas se cruzaban con gritos entusiastas y desesperados; y los sables que caían sobre cabezas indefensas con los nobles insultos de un pueblo atropellado y herido; soñaba con cadáveres en sus calles, ayes de dolor en sus hogares, venganza pronta por un lado y ansias de tranquilidad por el otro; Sí! soñaba eso y mucho más; soñaba con entradas triunfales de reyes, príncipes y magnates con toda su mayestática pompa y lujo; las carrozas, el lujo de sus acompañantes, el brillo de sus escoltas, la vista esplendorosa de sus uniformes; soñaba con el rápido progreso de San Sebastián, aprisionando á los mares, arrancando fuerzas á la naturaleza, escudriñando sus secretos y buscando por todos lados aire, luz y vida para un pueblo; soñaba con todo ese proceso continuado de años y más años en que un pueblo como el mío, ha luchado, ha trabajado, ha desarrollado sus fuerzas y ha coronado su triunfo con la vida de un pueblo ideal, con los grandes atractivos de la naturaleza, con sus mares y sus montañas, sus ríos y su paisaje, ha formado una ciudad con edificios, calles y plazas de soberana armonía.

Dejé de soñar y entré en la ciudad admirable; todo estaba tranquilo, todo acusaba la calma de una noche inefable. Las estrellas titilaban en el firmamento que estaba todo azul. Una cariñosa brisa bañaba nuestros rostros. Por los cristales de algunos edificios se vislumbraban salones encendidos con lámparas de radiante luz; allí dentro una lujosísima multitud bañabase en perfumado aura de una fiesta de esplendor; el gran mundo continuaba aún en su placer nocturno, mientras que la ciudad comenzaba á descansar de las fatigas, de las diversiones, del ruido, de la ilusión, suave, tranquila y silenciosamente. Eran las altas horas de una noche de verano.

ADRIÁN DE LOYARTE.

